

FIN DEL HOMBRE.

¿Cuál es el fin del hombre?

¿CUAL es el fin del hombre? Dios. ¿Cuál es su único fin? Solo Dios.... Dios ha hecho al hombre para que el hombre conociese á Dios, y conociéndole le amase, y amándole le poseyese, y poseyéndole fuese feliz soberana y eternamente.....

Así como el caballo nace para correr, el ave para volar, y el buey para la labranza; así como el fuego existe para calentar, el sol para iluminar, el agua para apagar la sed, y el pan para ser nuestro alimento, etc.; así también el hombre ha nacido para conocer, amar y servir á Dios, para que gozando de la posesion y vision de Dios, sea para siempre dichoso.

El mundo, dice Lactancio, fué hecho para que nosotros naciésemos; nosotros nacemos para conocer á Dios, creador del mundo y también nuestro, y le conocemos para servirle; le servimos para recibir la inmortalidad en recompensa de nuestros trabajos, y recibimos el precio de la inmortalidad para que, hechos semejantes á los ángeles, sirvamos para siempre á nuestro supremo Padre y Señor y seamos el eterno reino de Dios. Este es el fin supremo de las cosas; este es el secreto de Dios y el misterio del mundo: *Hæ summa rerum est; hoc arcantum Dei, hoc mysterium mundi.* (Lib. III., c. VI.)

Oigamos todos el fin de toda palabra, dice el Eclesiastes: Temed á Dios, y observad sus mandamientos, porque ahí está el hombre entero: *Finem loquendi pariter omnes audiamus: Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.* (XII. 13).

Veamos la opinion de S. Bernardo: Debo amar infinitamente, dice, á aquel por quien soy, vivo y tengo sentimientos. Si no le amo, soy un ingrato y un indigno. Señor Jesús, el que se niegue á vivir por vos, es verdaderamente digno de muerte, y por eso está muerto. Aquel á quien no gustais, tiene el gusto depravado; y aquel que trata de pasar sin vos, no es nada. En fin, ¿á qué está el hombre sino para conoceros? ¡O Dios! Sólo para vos lo hicisteis todo, y el que quiere existir para sí mismo, y no para vos, empieza por no ser nada en medio de todas las cosas. Temed á Dios y observad su ley, dice la Escritura; porque ahí está el hombre todo; así pues, si ahí está el hombre todo, sin esto no son nada los hombres (1).

Temer á Dios y observar su ley es el único fin del hombre. Y si preguntais: ¿Qué es el hombre? Salomon contesta: Es el que teme á

(1) Valde otioso mihi amodum est, per quem sum, vivo et sapio. Si non amo, ingratus sum et indignus. Dignus plane est mortis, qui tibi, Domine Jesu, recusat vivere, et mortuus est. Et qui tibi non sapit, dissipat; et qui curat esse nisi propter te, pro nihilo est, et nihil est. Denique, quid est homo, nisi quia tu innotuisti ei? Propter te metipsum, Deus, fecisti omnia; et qui esse vult, sibi, et non tibi, nihil esse incipit inter omnia. Deum time, et mandata ejus observa, hoc est, inquit, omnis homo. Ergo, si hoc est omnis homo absque hoc nihil est omnia homo. *In Eccles.*

Dios y le obedece. Los hombres que no obran así, parecen hombres, pero en realidad son leones soberbios, harpas rapaces, tigres feroces, lobos hambrientos, etc.... Por esto el mismo Epicteto dice: El que no tiene afición á la virtud, es indigno de que le llamen hombre: *Hominis nomine dignus non est, qui virtutis studiosus non est.* (Ita Laertius).

Por esto el hombre que vive como un impio, no es un hombre, sino un animal disfrazado con traje humano.....

El Real Profeta pedia pues con mucha razon á Dios que le hiciese conocer su fin para saber lo que le faltaba y procurárselo: *Notum fac mihi, Domine, finem meum, ut sciam quid desit mihi.* (XXXVIII. 5).

Por esto no se ocupaba más que de los dias de la eternidad: *Memor fui dierum antiquorum.* (CXLII. 5). Por esto sus meditaciones eran únicamente sobre los años eternos. Y los años eternos son Dios. *Et annos æternos in mente habui.* (LXXVI. 6).

Dios todo lo hizo para su gloria, dicen los Proverbios: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus.* (XVI. 4). Dios ha creado el mundo y todo lo que contiene, para su gloria y para sí mismo; como último fin que es de todas las cosas. Porque, así como es la causa primitiva y el principio de todo, de la misma manera es el fin de todas las cosas. El mismo lo dice en el Apocalipsis: Soy el alpha y la omega, el principio y el fin: *Ego sum alfa et omega, principium et finis.* (I. 8). Todas las criaturas tienen por fin la glorificación de Dios para promulgar y celebrar por todas partes el poder, la misericordia, la justicia y la sabiduría de su Criador. Por esto Dios es el mismo en todas las cosas, y en todas las cosas es semejante á sí mismo... Dios, dice S. Agustín, es tan grande en las cosas más insignificantes como en las mayores: *Deus nec major est in maximis, nec minor in minimis.* (Lib. Civit.).

Observad que Dios lo ha hecho todo para sí mismo, no por deseo y necesidad de gloria, sino porque la naturaleza y el orden de las cosas así lo exige. La criatura se relaciona con su Criador, y le mira, por su esencia íntima y entera, como fin y bien supremo. Igualmente la naturaleza y la Divinidad del Criador tiene una dignidad y majestad tan grandes, que exige que todo vaya á parar á El, y aun más; es propiedad esencial de la Divinidad ser el único fin de todas las cosas. Ni pudiera suceder de otra manera; repugna pensarlo.....

Haciéndolo todo Dios para sí, es justo é indispensable que, cooperando con él, tengamos idéntica intencion, haciéndolo todo en alabanza y gloria suya y diciendo con S. Ignacio de Loyola: Sea todo para mayor gloria de Dios: *Ad majorem Dei gloriam.* (In ejus vita).

Aunque Dios lo haya creado todo para sí como último fin, sin embargo todo lo ha creado mediatamente para los justos que le obedecen; para ellos ha creado el sol, la luna, el fuego, los árboles, las frutas, los animales, etc.; á fin de que, sea por sí mismos, sea por sus diversas criaturas, hagan que todo vaya á parar á él. Pues si todo lo hace Dios para el hombre, es muy natural que el hombre lo haga á su vez todo por Dios.....

Dios, dice S. Bernardo, todo lo hace para sí mismo, es decir, que por una bondad gratuita lo hace todo para sus escogidos y en utilidad de ellos, quien es la causa de su acción. Este es el fin de Dios, dice S. Pablo: *Omnia propter electos.* (II. Tim. II. 10).

Santo Tomás enseña que Dios es la primera causa eficiente, ejemplar y final de todas las cosas, porque Dios al producir las, quiere comunicarles su bondad, y aquellas tienden á participar de ésta. El fin es la intención del que obra. Pero Dios no ha hecho las cosas para sí como fin de sí mismo, pues Dios no tiene fin de sí mismo, sino que es el fin de todas las cosas para fin y bien de las criaturas. En Dios la sabiduría, la bondad y la acción son una sola y misma cosa con Dios, y por consiguiente no puede ser su fin. Así pues Dios todo lo ha criado para sí, es decir, ha creado todas las cosas con el fin de manifestar y comunicar á sus criaturas su bondad, su sabiduría, su poder, su magnificencia, su gloria, etc.; lo que es un bien para las criaturas, y no para Dios. Pues Dios, por esta comunicación de sí mismo, no adquiere nada para sí, ya que poseyéndolo todo esencialmente, nada nuevo puede adquirir; de lo que se deduce que la gloria con que los hombres lo ensalzan en compañía de los ángeles y de todas las criaturas no añaden nada á la suya, teniendo en sí como tiene la gloria increada é infinita; pero exige esta gloria exterior, para que las criaturas saquen de Dios su esencia, sus propiedades, sus cualidades y todos los bienes. (3. q. art. 7).

El mismo Platon, preguntando por qué había criado Dios el mundo, contestó: Dios es muy bueno, y la envidia no tiene nunca cabida en el que es muy bueno; y así quiso que todas las criaturas participasen de él según que cada cual sea capaz de la bienaventuranza: *Optimus erat (Deus); ab optimo porro invidia longe relegata est. Itaque consequenter sui similia cuncta, prout cuiusque natura capacis beatitudinis esse poterit, effici voluit.* (Dial.).

Alvarez explica claramente esta verdad en una sabia, profunda y suave contemplación. Ante todo, dice, ó santísimo Señor Dios, sois el último fin de todas las cosas, y todas las criaturas sólo os buscan á vos para su último fin. Porque todo lo habeis creado para vuestro poder, no porque os faltase algo, sino á fin de que cada cosa, según su naturaleza y su capacidad, participase de vuestra infinita perfección. Su fin es pues el de aspirar á vos, revestirse de vuestra semejanza en lo posible, y acercarse á vos, criador suyo. Y hasta las criaturas desprovistas de razón, llevadas por su misma naturaleza, se dirigen á vos como á su fin, mientras buscan su propio bien, lo que es una participación de vuestra bondad. Sólo el hombre pecando se separa de vos y se inclina hácia la abyección de la criatura. En segundo lugar, el universo entero descansa en su fin; y cuando está separado de él está agitado sin tregua hasta que llega su fin del modo que le es propio. Vos, Señor, sois pues nuestro reposo: sólo vuestra majestad puede llenar nuestro corazón, y sólo vuestra bondad y vuestra dulzura son capaces de saciar-

le. Ni las dignidades, ni las riquezas, ni los placeres, ni todos los bienes creados llenan la inmensa cavidad del corazón: sólo vos, ó Dios mío, que sois el único bien infinito é increado, podeis llenarlo y hacerle feliz. Vos sois, Señor, la ciudad á donde nos encaminamos, el puerto á donde nos dirigimos, el lecho en el que podemos hallar reposo, y el báculo que nos sostiene. En tercer lugar, sólo cuando os posea, Señor, á vos que sois mi único y último fin, sólo entonces será infinitamente dichoso. (In Isai.).

Las criaturas privadas de razón aspiran á su fin, glorificando á Dios con su voz muda, como la obra glorifica al artista, como una casa da gloria á su arquitecto, como el cuadro hace honor al que lo ha pintado.

Dios lo ha creado todo para su gloria increada, que es El mismo; para comunicar á las criaturas la gloria de sus perfecciones infinitas, y no para la gloria creada que recibe de las criaturas. Sin embargo, de esta gloria increada resulta natural y necesariamente la gloria creada, con la cual todas las criaturas alaban á su Criador; porque todas las criaturas deben en toda justicia aquella gloria á Dios. Pero esta gloria creada no ha podido propiamente ser el fin de Dios, no ha podido deseársela creando el universo y todo lo que existe para procurársela; ya porque esta gloria está fuera de Dios, y siendo creada es muy poca cosa; ya porque, como ya lo hemos dicho, nada añade á la gloria increada é infinita que Dios posee en sí mismo desde toda la eternidad; ya también porque esta gloria ó glorificación es antes el bien de las criaturas que el de Dios. Porque la dicha, la felicidad de la criatura consiste en conocer, amar y servir al Criador, según aquellas palabras de S. Agustín: Señor, nos habeis creado para vos, y nuestro corazón está agitado siempre hasta que descansa en vos: *Fecistis nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* (Lib. Confess., c. 1).

El hombre lleva la imagen de Dios, 1.º como el hijo la de su padre, á quien debe amor, respeto y obediencia; 2.º como propiedad de su amo, á quien debe temer y respetar; 3.º como el soldado lleva la imagen de su jefe y de su rey, á quien debe fe y obediencia; 4.º en fin, como ministro y dispensador del uso de las criaturas que le han sido confiadas, y de que se ha servido para perpetua alabanza y gloria del Señor, y Dios....

1.º La razón con sus luces me manifiesta que procedo de Dios. Si procedo de Dios, debo pues consagrar mi vida entera á ir á Dios, á volver á él....

2.º La razón me manifiesta que todo lo tengo de Dios. Teniéndolo todo de Dios, todo debo referirselo....

3.º La razón me manifiesta que todo lo debo á Dios, bienes temporales y bienes sobrenaturales.... Así pues Dios debe ser mi fin....

4.º La razón me manifiesta que debo encaminarme constantemente á Dios.....

En segundo lugar el corazón con su capacidad, sus necesidades y sus deseos inmensos é insaciables, me dice bastante que Dios es mi fin. El corazón desea invenciblemente la felicidad, necesita la felicidad, y la busca irresistiblemente..... Pero la verdadera felicidad, la felicidad capaz de satisfacer el corazón, jamás ha existido ni existirá en las criaturas..... Sólo existe en Dios..... Así pues Dios es mi fin, ya que en él sólo halla mi corazón la paz y cuanto puede anhelar.....

En tercer lugar la conciencia me dice de dos maneras evidentes y palpables que sólo Dios es mi fin: 1.º con los remordimientos cuando no me encamino á Dios...; 2.º con la paz, la alegría y la felicidad que experimento cuando sólo á El le busco y le quiero.....

En cuarto lugar la fe me enseña que Dios es mi único fin. 1.º La fe me manifiesta la creación; me dice que estoy hecho á imagen de Dios, que esta imagen está hecha para gozar de Dios; y es claro que la imagen no existe más que para que sea la reproducción de su modelo. 2.º La fe me manifiesta que el hombre cayó por haberse alejado de Dios, su único fin.... 3.º La fe me da á conocer la redención. Y ¿por qué me habría Dios rescatado, si no estuviese yo hecho para El y si no fuese mi único fin? 4.º La fe me presenta los Sacramentos, las gracias, la ley de Dios, la religión, etc., como medios de obtener á Dios, mi único fin. Estos grandes medios me prueban que sólo Dios es mi fin; pues de otra suerte Dios me ofrecería medios inútiles.....

El sol..., la luna..., la tierra..., las estrellas..., los mares..., los elementos..., las estaciones..., los árboles y las plantas..., los animales..., los minerales..., los vegetales..., tienden al fin que Dios les ha señalado, es decir, á la utilidad del hombre, y de ahí también á la glorificación de su Autor.

Si cada cosa no se encaminase á su fin, todo seria un caos.....

GOCES CRISTIANOS.

Jesucristo es nuestra alegría... El que se alegra en Jesucristo, dice S. Agustín, no puede enganarse en sus consuelos: *Non potest quisquam fraudare delectationibus suis, cui Christus est gaudium.* (Sentent. XC).

Motivos de regocijo para el verdadero cristiano.

No es menester, dice el abate Apolo, pensar con tristeza en nuestra salvación, siendo herederos del reino de los cielos. Que estén tristes los paganos, floren los judíos, y sean muy desgraciados los corazones impenitentes; pero alegrense los cristianos. (*In vit. Patr.*).

Esta alegría cristiana tiene por principio: 1.º la misericordia de Dios.... Alegrese vuestra alma en la misericordia del Señor, dice el Eclesiástico: *Letetur anima vestra in misericordia ejus.* (LI. 37).

2.º La esperanza en Dios..... He esperado en él, que es la salvación eterna, dice el profeta Baruch, y la alegría me ha venido del que es Santo: *Ego speravi in eternam salutem, et venit mihi gaudium á Sancto.* (IV. 22).

3.º La promesa de Dios. Yo soy quien os consolaré, dice el Señor por medio de Isaías: *Ego, ego ipse consolabor eos.* (LI. 12). Las vírgenes, dice el Señor por boca de Jeremías, se alegrarán en coro, y también los jóvenes y los ancianos; y yo cambiaré su duelo en regocijo y les consolaré y les llenaré de alegría despues de su dolor; y embriagaré el alma de los sacerdotes con mi abundancia; y mi pueblo quedará lleno de mis bienes, dice el Señor (1).

4.º Esta alegría cristiana está fundada en los méritos y en la bondad de Jesucristo.

5.º En los medios de salvarnos, los Sacramentos y la oracion...

6.º En los méritos que podemos adquirir en todas las cosas, dirigiéndolo todo á Dios.....

7.º En la misma obligacion que Dios nos impone de alegrarnos. Hija de Sion, dice por medio del profeta Sofonías, entona himnos de alabanza; Israel, da gritos de alegría; alegrate con todo tu corazón y estremécete de placer: *Lauda, filia Sion; jubila, Israel, letare et exulta in omni corde.* (III. 14). ¿A qué tanta alegría, Profeta? Porque el Señor nuestro Dios está en medio de vosotros; es el Dios fuerte, es nuestro Salvador: se alegrará en vosotros, descansará en vuestro amor, y se estremecerá de alegría en vosotros. (*Sophon. III. 17*). Alegrate, hija de Sion, añade el Señor por boca del profeta Zacarías, alaba al Señor; mira que vengo y habitaré en medio de ti: *Lauda et letare, filia Sion; quia ecce ego venio, et habitabo in medio*

(1) *Letabitur virgo in choco, juvenes et senes simul; et convertent factum eorum in gaudium, et consolabor eos, et letificio á dolore suo. Et habitabo in medio sacerdotum pinguedine; et populus meus bonus meus amplebitur, ait Dominus. XXXI. 13-14.*

tui. (II. 10). Servid al Señor con regocijo, dice el Salmista: *Servite Domino in letitia*. (XCIX. 1).

8.ª Esta alegría cristiana está fundada en las gracias y en los dones de Dios. Alegraos, dice S. Bernardo, pues recibis ya los dones de la mano izquierda de Dios; alegraos, porque esperais los dones de su diestra. Su mano izquierda sostiene, su diestra recibe; su mano izquierda cura y justifica, su diestra abraza y beatifica. En su mano izquierda están los méritos, en su mano derecha las recompensas; en su mano derecha las delicias, y en su mano izquierda los remedios (1).

¿Dónde se halla la verdadera alegría?

¿Dónde se halla la verdadera alegría? 1.ª Se halla en el Señor. Regocijaos sin tregua en el Señor, dice el gran apóstol á los Filipenses; os lo repito, regocijaos: *Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete*. (IV. 4). Regocijaos, dice S. Anselmo, no en el siglo, sino en el Señor; porque, así como nadie puede servir á dos amos, nadie puede tampoco alegrarse en el Señor y en el siglo: Estas dos alegrías están opuestas como la noche y el día. (*In Epist. ad Philipp. IV. 4*).

Alegraos en el Señor, dice el Real Profeta, y os concederá todo lo que vuestro corazón le pida: *Delectare in Domino; et dabit tibi petitiones cordis tui*. (XXXVI. 4). Mi corazón y mi carne, añade, se han regocijado en el Dios vivo. (LXXXIII. 3). Justos, alegraos en el Señor: *Letamini, justí, in Domino*. (XCVI. 13). En cuanto á mí, dice el santo varón Tobias, haré que mi alma se alegre en el Señor: *Ego autem, et anima mea in eo letabimur*.

Oigamos á Isaías: Me alegraré en el Señor; mi alma estará llena de regocijo; mi Dios me ha dispuesto los vestidos de la salvación, y me ha rodeado con los adornos de la justicia, como el esposo adornado con su corona, y la esposa resplandeciente de piedras preciosas (2).

Por mi parte, dice el profeta Habacuc, me alegraré en el Señor; me estremeceré de alegría en Dios, mi Jesús: *Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Jesu meo*. (III. 18). Seiscientos años antes de la venida de Jesucristo, aquel profeta le anuncia, le nombra y se regocija en él; porque preveía que por medio suyo quedaría, como nosotros, libre de sus enemigos, del demonio, del pecado, de la concupiscencia, de la carne, del mundo; y sería también colmado de su gracia, de su felicidad y de su gloria.

Esta alegría, que debe tener el cristiano, no es la alegría según el sentido de la naturaleza, porque nosotros sentimos dolor en la tribulación, sino que aquella alegría es conforme á la razón, ilustrada y fortalecida por la fe y la gracia...

(1) Gaudete, quia jam percipistis dona sinistram; gaudete, quia expectatis premia dexteræ. Levæ quidem levat, dextera suscipit; levæ molestr et justificat, dextera amplectitur et sanctificat; in levæ quis merita, in dextera vero premia continentur; in dextera delicia, in levæ sunt medicina. *Serm. IV. in vigilia Natæ.*

(2) Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo; quia induit me vestimenta salutis, et indumento justitiæ circumdedit me, quasi sponsam decoravit corona, et quasi sponsam ornatum montibus auit. *XL. 10.*

La alegría espiritual es un gusto anticipado de la alegría del cielo. Lléjos de mí, Señor, dice S. Agustín, léjos de mi corazón creerme feliz, por más alegría que experimente fuera de vos; pero haced que experimente esa alegría que el impío no conoce y que dáis á los que os sirven. Vos mismo sois esta alegría, y el alegrarnos cerca de vos, de vos y por vos, constituye la vida bienaventurada; esa es la verdadera alegría, y no hay otra: *Gaudium tu ipse es; et ipsa est beata vita gaudere ad te, de te, propter te; ipsa est, et non altera*. (Lib. X. Confess., c. XXII).

Señor, dice el Salmista, me habeis socorrido y consolado: *Tu, Domine, adjuvisti me, et consolatus es me*. (LXXXV. 17). Reboso de alegría el corazón de los que os buscan: *Letetur cor querentium Dominum*. (Psal. CIV. 3).

Me he alegrado en la salud que he recibido de tí, Señor, dice Ana en el primer libro de los Reyes: *Letata sum in salutari tuo*. (II. 1).

La única y verdadera alegría es la que se halla en el Criador, no la que está en la criatura; cuando la poseemos, nadie puede arrebatárnosla; al lado suyo toda alegría es tristeza, toda dulzura es amargura, toda suavidad pesar, toda hermosa fealdad, y en fin, todo lo que puede regocijar fuera de Dios es penoso (1). La perfecta alegría, añade aquel gran Doctor, no viene de la tierra, sino del cielo; no procede de este lugar de lágrimas, sino de la ciudad de Dios embriagada por un río de vida. (*Epist. CXIV*).

La alegría en Dios, dice S. Crisóstomo, es la única que no puede arrebatárnosla; todas las demás alegrías son variables y pasajeras; pero el que se alegra en Dios, se adhiere al mismo principio de todo deleite puro, al manantial de la verdadera alegría. Las demás alegrías no nos alegran de tal manera que puedan ahuyentar la tristeza y el enojo; al contrario, son causa y origen de pesares. Pero la alegría en Dios es estable, inmutable, y tan grande, que llena el corazón. Y como las centellas que caen en un mar inmenso quedan al punto apagadas, así también, suceda lo que quiera al que hace consistir su felicidad y su alegría en Dios, todo queda negado en este océano sin límites; y su alegría, léjos de disminuir, toma á cada momento creces. (*Homil. XVIII. ad pop.*).

Nos habeis creado para vos, Señor, dice S. Agustín, y nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que descansen en vuestro seno: *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*. (Lib. I. Confess., c. 1).

El verdadero cristiano sólo en Dios halla el descanso y la paz; así pues allí están exclusivamente las verdaderas alegrías. Las alegrías del mundo, las alegrías que proporcionan las pasiones dan acaso paz y descanso? Nunca; sólo nos proporcionan disturbios y remor-

(1) Illud verum et solum est gaudium, quod non de creatura, sed de Creatore concipitur; et quod, cum possideris, nemo tollit á te; cui comparati omnis aliam jucunditatem, minor est; omnis suavitas, minor est; omne dulce, amarium; omne decorum, nudum; omne postremo quodcumque aliud delectare possit, inestum.

dimientos.... El que quiera hallar la alegría en sí mismo, añade S. Agustín, estará triste; pero el que busque en Dios su alegría, estará siempre alegre: *Qui vult gaudere de se, tristis erit; qui autem de Deo vult gaudere, semper gaudebit.* (Tract. XXIV. in Joann.).

Jerusalén, exclama el profeta Baruch, mira hacia Oriente, y contempla la alegría que viene de Dios sobre ti: *Circumspice, Jerusalem, ad Orientem, et vide juvenitatem á Deo tibi venientem.* (IV. 36).

El que busca á Dios, busca la alegría, dice S. Agustín: *Deum querens, gaudium querit;* porque al acercarse á Dios queda iluminado, fortificado y amado de Dios. Sólo Dios es la verdadera y completa alegría del corazón; sólo El llena el corazón del hombre y del ángel. (*Sentent. IX.*)

¿Dónde se halla aún la verdadera alegría? Hallaremos en segundo lugar la alegría en una vida santa. ¿Queréis, dice S. Bernardo, no estar nunca tristes? Vivid santamente. Una vida pura siempre goza de alegría, mientras la conciencia del culpable está siempre sumergida en el pesar: *Vis numquam esse tristis? Bene vive. bona vita semper gaudium habet; conscientia rei semper in pena est.* (De inter. domo, c. XLV.).

3.º Se halla la verdadera alegría en la humildad. Aguardemos humildemente el consuelo de Dios, dice Judith: *Expectamus humiles consolacionem ejus.* (VIII. 20).

4.º Se halla la alegría en una buena conciencia. ¿Qué más rico, dice S. Bernardo, que más dulce para el corazón, qué más tranquilo y seguro en la tierra que una recta conciencia? No teme la pérdida de los bienes, ni las reprimendas, ni los sufrimientos; léjos de asustarle la muerte, la calma de regocijo. (*Lib. de Consid.*)

La conciencia de una recta voluntad, dice Ciceron, es el mayor de los consuelos en medio de las penas de la vida. (*Ad Torquat.*). Séneca, escribiendo á Lucinio, dice: Quiero que estés siempre contento. Pero me dirás: ¿En dónde he de hallar este contento, este gozo verdadero y constante? En una buena conciencia, en buenos consejos y buenas acciones, en el desprecio de lo que pasa y en una conducta irreprehensible. Aprendamos de ahí que las buenas acciones proporcionan la alegría.

6.º Se encuentra alegría en el temor de Dios. El temor del Señor, dice el Eclesiástico, es la alegría y el triunfo, y un manantial de alegría y una corona de regocijo. El temor del Señor alegrará el corazón; le dará gozo y regocijo, y también largos días. Al que teme al Señor le espera alegría en el fin de su vida, y bendición en el día de su muerte. (*I. 11-13.*)

7.º Hallamos la alegría en los consoladores pensamientos del Cielo, de Jesucristo, de los beneficios de Dios, de su presencia, de su morada y cooperación en nosotros, de la santísima Virgen, de los Santos, etc....

8.º Se halla la verdadera alegría en el amor de Dios....

9.º Se halla la alegría en la mortificación de los sentidos. Si re-

nunciais á los placeres de los sentidos, Dios os dará delicias mucho mayores. En vez de placeres carnales, Dios os reserva placeres espirituales, y alegrías eternas en vez de alegrías temporales, y placeres divinos en vez de placeres humanos. David, que había experimentado aquellas delicias, decía: Mi alma rehusaba los consuelos de la tierra; me acordaba del Señor, y su memoria me deleitaba: *Reviit consolari anima mea; memor fui Dei, et delectatus sum.* (LXXVI. 34). Porque, así que se conocen y gustan las alegrías espirituales, se halla insípido é insufrible todo lo que pertenece á la carne.

10. Se halla la verdadera alegría en las oraciones y en la meditación. Atraeré esta alma hacia mí, dijo el Señor por boca del profeta Oseas, la conduciré á la soledad, y allí hablaré á su corazón: *Ego lactabo eam, ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.* (II. 14). Le hablaré interiormente, en su espíritu y en su voluntad; llenaré su corazón de consuelos; le hablaré con un lenguaje lleno de dulzura; satisfaré sus deseos; la traeré hacia mí seno, y la acercaré á mi corazón. Le comunicaré mi consolador espíritu....

La alegría se halla en la virtud. El mismo Séneca lo asegura. Sólo la virtud, dice, da una alegría perpetua y segura: *Sola virtus præstat gaudium perpetuum, securum.* (Epist. XXVII.); porque la virtud es la práctica de la ley de Dios. Y alegrarse en las cosas que están segun la ley del Señor, es alegrarse en el Señor, es la verdadera alegría, dice perfectamente S. Basilio: *In his que secundum mandatum Dei sunt gaudere, est in Domino gaudere.* (In Regul. Brevior., Reg. CXCIV).

11. Se halla también la alegría en las lágrimas del arrepentimiento. Una sola lágrima derramada por los pecados pasados encierra más dulzura que todos los placeres del mundo y de la carne reunidos....

Creed que tenéis mucho motivo para alegraros cuando sois objeto de varias tentaciones, dice el apóstol Santiago: *Omne gaudium existimate, cum in tentationes varias incidieritis.* (I. 2). Viendo Pablo, dice S. Crisóstomo, que las tentaciones que cada día le asaltaban iban amontonándose como montañas de nieve, se alegraba como si hubiese vivido en medio del paraíso: *Paulus, cum videret quasi nivis cumulos, tentationes quotidie ingruentes, non aliter quam si in medio paradisi virisset, ita gaudebat gestiebatque.* (De S. Paulo). No hay armas tan potentes como regocijarnos segun Dios, añade S. Crisóstomo: *Nullum armature genus validius, quam gaudere secundum Deum.* (Ut supra).

San Antonio recomendaba únicamente á sus religiosos que vivían en la mortificación y austeridad, el gozo espiritual como el mejor de los escudos y el más eficaz de los remedios para vencer todas las tentaciones y pruebas. Hay, dice, un medio excelente para vencer al enemigo, y este medio es el gozo espiritual: aleja como el humo las asechanzas del demonio; en vez de temerlas, las persigue, las

El gozo cristiano nos hace invencibles.

combata y las aleja. No, no hay nada que vengza y abata á nuestros enemigos como el gozo, el contento espiritual. (*Apud S. Athanas.*)

El demonio, dice S. Agustín, es como un perro furioso atado por Jesucristo; puede ladrar, solicitar, pero no puede morder más que al que lo quiera; puede comprometer, pero no puede derribar ni matar. Y pierde la esperanza, hasta de persuadir, cuando en la tentación ve que el hombre está constante, generoso, alegre y contento (1).

Los demonios se alegran cuando pueden apagar ó estorbar la alegría espiritual....

Cada vez que nos alegramos en Dios, golpeamos al demonio, dice Orígenes: *Quoties in Deo gaudemus, toties diabolum flagellamus.* (De Elcana).

Con este gozo espiritual nos atraemos la gracia y las divinas luces; vemos los peligros y los evitamos, y nuestros enemigos, descubiertos y ya visibles, emprenden la fuga....

Estoy lleno de consuelos, dice el Apóstol de las Gentes á los Corintios; rebose de alegría en todas vuestras aflicciones: *Repletus sum consolacione; superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. VII. 4).

Habiendo el Consejo hecho azotar á los apóstoles porque anunciaban á Jesucristo, salieron éstos del Consejo, dicen las Sagradas Escrituras, llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por Jesucristo: *Ibant gaudentes á conspectu Concilii, quoniam digni habitii sunt, pro nomine Jesu, contumeliam pati.* (Act. V. 40-41).

Me alegro en mis sufrimientos por vosotros, dice S. Pablo á los Colosenses, y cumplo en mi carne lo que falta á los sufrimientos del Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia: *Gaudeo in passionibus pro vobis; et adimpleo ea que desunt passionum Christi, in carne mea, pro corpore eius, quod est Ecclesia.* (I. 24). La pasión de Jesucristo fué por sí misma completa y suficiente; pero, no obstante, ha faltado y falta algo á aquella pasión por nuestra parte, es decir, la comunicación y la participación á los sufrimientos y á los méritos de Jesucristo; es decir, que Jesucristo debe sufrir, no sólo en sí mismo, sino también en sus miembros; es menester que se comunique por esta pasión, á fin de perfeccionar su cuerpo, que es la Iglesia. En efecto; los fieles que sufren, llegan á ser partícipes de la pasión de Jesucristo y de sus méritos, y semejantes á Jesucristo moribundo y crucificado. 1.º Como Jesucristo y su Iglesia tienen místicamente el mismo cuerpo, la misma alma, la misma vida; de la misma manera la pasión de la Iglesia es una con la de Jesucristo, así como los su-

(1) *Demon est quasi canis á Christo ligatus, qui latrare potest, sollicitare potest, mordero omnino non potest, nisi volentem persuadere non potest, precipitare non potest. Spera autem persuadendi omittit, cum videt hominem in tentatione constantem, generosum, letum et hilarem. Lib. II. Civit., c. VIII.*

frimientos de la cabeza y del cuerpo, ó de la cabeza y de los miembros, son una misma cosa para la persona que los padece. Por esto no dijo Jesucristo á Saulo que perseguía á la Iglesia: ¿Por qué persigues á la Iglesia? sino que dijo: ¿Por qué me persigues? *Quid me persequeris?* (Act. XXVI. 14). Porque así como Jesucristo comunica su gracia y sus méritos, de la misma manera comunica su pasión y hace participar de ella á sus hijos. 2.º *Adimpleo*, cumplo; es decir, he de evangelizar para hacer conocer á Jesucristo y aplicar á las naciones los méritos de la pasión de Jesucristo, para que la Iglesia crezca, se perfeccione y participe plenamente de la pasión y de la redención de Jesucristo.... 3.º *Adimpleo*, cumplo; es decir, que el fiel con las obras satisfactorias que hace, se aplica á sí mismo la satisfacción de Jesucristo, para satisfacer por la pena temporal debida á sus pecados, y puede también aplicar á los demás esta satisfacción: esto es lo que se llama comunión de los Santos.

Jesucristo, dice S. Crisóstomo, se alegraba en medio de sus padecimientos. Llamaba al día de su crucifixión el día suyo. Así deben obrar los cristianos. Los sufrimientos son una pena para el cuerpo; pero espiritualmente considerados son alegrías. La naturaleza de las pruebas no puede por sí dar la alegría; pero sufriendo por Jesucristo y sostenidos por el Espíritu Santo, obtendremos el regocijo y el descanso, sobre todo en la eternidad... (*Homil. ad pop.*).

Es tan grande la gloria que me espera, decía S. Francisco de Asís, que todas las penas me sirven de regocijo. Sólo en la cruz está la perfecta alegría. (*In ejus vita*).

El gozo cristiano dulcifica las aflicciones y las hace meritorias; algunas veces domina hasta el punto de no dejarlas sentir; así ha sucedido á muchos mártires y otros Santos por un milagro del Omnipotente. Lejos de temer los sufrimientos, los aman, se alegran de ellos, los desean y los buscan. Así le sucedía al gran Apóstol. Habiendo dado á mi carne, dice, un aguijón, y ha enviado al ángel de Satanás para abofetearme. Por esto supliqué tres veces (á menudo) al Señor que lo apartase de mí. Y me dijo: Te basta mi gracia; porque mi fuerza resplandece en la debilidad. Con alegría pues me gloriaré más y más de mis debilidades, á fin de que la fuerza del Cristo more en mí. Por esta razón me complazco en mis debilidades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones y angustias sufridas por Jesucristo; pues cuando soy débil entonces me considero fuerte (1). S. Pablo hallaba un manantial de gozo en las pruebas que sufría, en el mismo mérito que tenían esas pruebas; y su gozo las hacía no sólo dulces, sino dignas de descarse....

El que sufre con tristeza y sin resignación, sufre más, y sufre sin mérito. El que sufre con alegría, sufre menos, y sufre adquiriendo grandes méritos. Nuestro Señor Jesucristo, que conocía el precio de

(1) *Libenter glorior in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in periculis, in angustiis pro Christo: cum enim infirmus, tunc potius sum. II. Cor. XII. 10.*

las aflicciones, decía: Dichosos los que sufren! dichosos los que lloran! (*Matth. V. 4-10*). Si es una felicidad sufrir, hemos de sufrir con alegría, y la alegría en los padecimientos nos dará la dicha.

Las almas ilustradas y piadosas tienen por dote el regocijo.

Pallades dice, hablando de los santos religiosos de su tiempo: Sorprendía extraordinariamente viéndoles llenos de alegría en la sociedad; está su alegría era tan dulce y tan intensa, que jamás se ha visto semejante en la tierra, ni aun considerada como alegría corporal; pues no se veía ninguno entre ellos pesaroso ni triste. (*In Lausiac., c. LII*).

San Bernardo dice del apóstol S. Andrés: Fué á la cruz no sólo con paciencia, sino voluntaria y ardientemente como á un festín, como en busca de incomparables delicias. (*De S. Andr.*).

El justo nada en la alegría, dice el Salmista: *Latabitur justus.* (LVII. 11).

Señor, dice Isaías, se regocijan en vuestra presencia como segadores satisfechos con su cosecha, como vencedores que se reparten el botín: *Litantur coram te, sicut qui lantantur in messe, sicut exultant victores captia preda, quando dividunt spolia.* (IX. 3).

Vease lo que dice el Señor por medio de Isaías: Los servidores míos nadarán en la abundancia, y vosotros tendréis hambre; mis servidores habrán apagado su sed, y vosotros estaréis sedientos; se alegrarán, y seréis confundidos; entonarán himnos de alabanza en medio del gozo de sus corazones, y vosotros en medio del abatimiento, dareis gritos lastimosos y gemiréis en la tristeza de vuestro espíritu. (LXI. 13-14).

La alegría cristiana es la manifestación de una buena conciencia.

La mayor prueba del dichoso estado de gracia, dice S. Buenaventura, es la alegría espiritual: *Maximum inhabitantis gratie signum, est spiritualis letitia.* (*In Speculo, c. III*).

El fruto del Espíritu Santo es la alegría espiritual, dice S. Pablo. (*Gal. V. 22*).

La buena conciencia, dice S. Agustín, consiste enteramente en la esperanza; y la esperanza es el fundamento de la alegría. (*Solil.*).

¿Qué alimento más suave, dice S. Ambrosio, que aquel de que se nutre una alma sin mancha, una alma inocente? Una conciencia tranquila es un festín continuo, dicen los Proverbios. (*XV. 15. Offic.*).

Sólo la buena conciencia da alegría al alma y al corazón, y de ninguna manera pueden dársele las grandezas, ni los tesoros, ni el poder, ni la fuerza física, ni otra cosa cualquiera, dice S. Crisóstomo. (*Homil. ad pop.*).

Dulzura del gozo cristiano, y modo de producirse.

¿Qué cosa más dulce, dice Tertuliano, que ser amado de Dios, conocerle, detestar el error y obtener el perdón de nuestros pecados? ¿Qué placer más dulce que despreciar el deleite y despreciar al mundo, tener la libertad de hijos de Dios, gozar de una conciencia pura, no temer la muerte, pisotear las falsas divinidades, arrojar á

los demonios, y vivir de Dios y para Dios? Estos placeres, estos espectáculos de los cristianos son santos, perpetuos y gratuitos: *Ha voluptates, hæc spectacula christianorum sancta, perpetua, gratuita.* (*De Spectac., c. XXVIII*).

La íntima unión del Verbo con el alma produce las alegrías cristianas. Y ¿dónde hallaremos dicha semejante? En esta unión casta y sin mancha, dice S. Laurencio Justiniano, hay un festín continuo, y muchas veces se come en él al divino cordero. Saboreamos en ella la paz interior, la tranquilidad segura, la felicidad tranquila, una fe quieta, una admirable sociedad, los besos de la unidad, las delicias de la contemplación, y la suavidad en el Espíritu Santo. Allí está la puerta del cielo, la entrada del paraíso. Desde el lecho nupcial sabe muchas veces la esposa al cielo, y muchas veces el divino Esposo baja del cielo hasta la esposa. Ella está sin temor, no es incierta su salvación, penetra en las altas mansiones del Esposo como en casa de su amado y en su propia posesión; porque el mismo Esposo, para rescatarla, se ha vendido, y se ha entregado á ella. Para rescatarla ha combatido en las tentaciones, ha combatido con los malos espíritus, y combate cada día contra ellos. No con temeridad sino con confianza entra en las habitaciones del Esposo; porque si, por una parte, ha sido como extraña en la ciudad santa, ahora ha llegado á ser ciudadana en compañía de los Santos; ha llegado á ser esposa del Verbo; y por un privilegio de amor, cuanto posee el Esposo le pertenece. Porque el verdadero amor nada tiene exclusivamente para sí; da con el corazón abierto cuanto tiene, y se da también á sí mismo; y por la misma fe, por la misma caridad que le lleva á dar lo que posee, se vale de lo que los demás poseen. Con esta superabundancia de amor mútuo existe entre el alma y el Verbo una familiaridad perfecta en palabras, en confianza, en seguridad de la gracia y de la gloria, sin distinción de condiciones. (*De inter. conflictu*).

El gozo de los justos, dice S. Crisóstomo, es un verdadero recreo (creación nueva) del alma y del cuerpo, y el presagio y la flor del fruto eterno. Por esto encarga el Apóstol á los fieles que se regocijen constantemente en el Señor. (*Homil. ad pop.*).

Toda la vida del justo, dice Clemente de Alejandría, es un día festivo, santo y solemne: *Universa vita iusti, est quidam celebris ac sanctus dies festus.* (*Lib. Strom.*).

La tranquilidad de la conciencia y la seguridad de la inocencia constituyen una vida dichosa, dice S. Ambrosio: *Vitam beatam efficiunt tranquillitas conscientia, et securitas innocentia.* (*Offic.*).

¿Qué temor puede tener del siglo, dice S. Cipriano, aquel cuyo tutor es Dios en el siglo? *Quis ei de seculo metus est, cui in seculo Deus tutor est?* (*Epist. ad Martyr*).

No hay alegría semejante á la alegría del corazón, dice Raban; ningún gozo terrestre puede compararse al gozo de la verdadera sabiduría, que consiste en la verdadera caridad, en la contemplación de la verdad y en el conocimiento de Dios. (*De Adept. virtut.*).

Alegraos con Jerusalem, dice Isaiás, estremeceos de alegría con ella; vosotros todos que la amáis, unid vuestros arrebatos á los suyos. Quedaréis llenos de sus consuelos, quedaréis inundados con el torrente de sus delicias, y gozaréis del resplandor de su gloria. Ved lo que dice el Señor: Voy á hacer correr como un río la paz sobre vosotros, y como un torrente la gloria de las naciones; os llevarán en brazos, y los pueblos os acariciarán en sus rodillas como á un niño de pechos. Así como una madre consuela á su hijo, así os consolaré y seréis consolados. Veréis, y vuestro corazón se regocijará, y vuestros huesos se reanimarán como la yerba; los servidores del Señor conocerán su brazo. (LXVI. 10-14).

Los atraeré con los lazos que seducen á los hombres, con las cadenas del amor, dice el Señor por medio del profeta Oseas: *In funiculis traham eos, in vinculis caritatis.* (II. 4).

¡Oh! exclama S. Agustín, ¡qué dulce ha sido para mí dejar ya de saborear de repente las dulzuras de las frivolidades! ¡Era para mí una alegría inmensa despedirme de cuanto había temido perder! Vos arrojabais todo aquello lejos de mí; Vos, ó Dios mío; Vos, verdadera y suprema suavidad, arrojabais todo aquello y ocupabais su sitio; Vos, más dulce que todas las dulzuras (1).

El gozo cristiano es señal de una buena y piadosa voluntad; es el adorno y la flor de la virtud....

Con la posesion de Jesucristo el gozo del corazón no tiene medida; el alma se renueva y siente una inefable dulzura; alcanza la inteligencia espiritual, las luces de la fe, el aumento de la esperanza, el fuego de la caridad, el afecto de la compasion, el celo de la justicia, y el goce de las virtudes. El alma llena de goces espirituales tiene en la oracion conversaciones familiares con Dios; siente que la escuchan y que á menudo es oída, habla cara á cara con él; cautiva á su Dios; le obliga, en cierto modo, y le encadena con su oracion llena de consuelo y de goces celestiales, embriagadores é irrevocables....

¡Feliz pues el alma fiel que corresponde á las gracias de Jesucristo! Ya en esta vida halla el céntuplo, y vive contenta, rica y en paz, y se asegura el eterno goce de los elegidos en la celestial Jerusalem. De manera que pasa de la alegría de la gracia á la alegría de la gloria; del río de las delicias que gusta en Dios aquí en la tierra, al océano sin fin de la eterna posesion de Dios....

(1) *Quam suave mihi subito factum est carere suavitatibus nugarum; et quas amittere metus fuerat, jam dimittere gaudium erat. Ejiciebas enim eas á me, tu, vera et summa suavitas; ejiciebas, et intrabas pro eis, omni voluptate dulcor.* Lib. VIII. de Confess. c. XI.

GOCES MUNDANOS.

XX

Así visto que la risa es engañosa, dice el Eclesiastés y he dicho á la alegría: ¿Por qué me seduces en vano? *Risum reputavi errorem; et gaudium dixi: Quid frustra deciperis?* (II. 2).

Los que lloran por cosas vanas, dice S. Agustín, lloran inútilmente; y los que se rien de las cosas vanas, se rien de su desdicha. Todos están en el error, porque se alegran de lo que habrían de dolerse, y se rien de lo que habrían de llorar: se parecen á los niños que juegan y rien hasta cuando sus padres mueren ante su vista (1).

Vanidad es la alegría del siglo, dice S. Agustín; hacemos ardientes votos para que llegue; y cuando creemos tenerla, desaparece. Todas estas alegrías mundanas, tan cortas, pasan, vuelan y se desvanecen como el humo. ¡Desgraciados los que las quieren! (2).

¿En qué ciframos los goces del mundo? En los bienes; pero, ¿qué son los bienes de la tierra?... En los placeres del deleite; pero, ¿qué son estos deleites?... En las delicias de la mesa; pero, ¿qué son estas delicias?... En la maledicencia..., la calumnia..., la venganza..., en los bailes..., en los teatros..., en las tertulias..., las fiestas..., las relaciones mundanas y peligrosas, etc.

Ciframos los goces del mundo en los honores. Y ¿qué son los honores?... Otras tantas ilusiones que ciegan, y muchas veces se convierten en irreparables errores... En estas cosas llenas de mentira es sin embargo en lo que el mundo cifra su alegría; así pues su alegría es un error, es vana é inmotivada.

No hay goces mundanos sin dolor ni amargura. La amargura les precede..., la amargura les acompaña..., la amargura los termina. Los goces desaparecen, y queda la amargura....

La risa está mezclada con el dolor, y todos los goces del mundo, acaban con lágrimas, dicen los Proverbios: *Risus dolore miscabitur, et extrema gaudii luctus occupat.* (XIV. 13).

Dios, dice S. Agustín, mezcla las amarguras con las alegrías de la tierra, á fin de llevar al hombre á aquella felicidad, á aquella alegría cuya dulzura nunca engaña y que sólo se encuentra en Dios (3).

Vanidad de los goces mundanos.

Amargos son los goces mundanos.

(1) *Qui plorant de rebus vanis, inanis plorant; et qui rident de rebus vanis, de malo suo rident. Errant, qui gaudent ubi dolent, rident ubi flere debent; sicut infantes ludunt et rident, etiam dum parentes eorum moriuntur.* Lib. Confess.

(2) *Leetitia seculi vanitas est; cum magna expectatione speratur ut veniat, et non potest teneri cum venerit. Transsunt omnia, evolvunt omnia, et sicut fumus evanescent, vni qui amant talia.* Tract. VII. in Joann.

(3) *Ideo Deus felicitatibus terrenis amaritudines miscet, ut illa queratur felicitas, cujus dulcedo non est fallax.* Lib. Confess.

Hemos tenido hiel por bebida, porque hemos pecado contra el Señor, dice Jeremías: *Dedit nobis aquam felle; peccavimus enim Domino.* (VIII. 14). Hemos esperado la paz, y ningún bien ha venido; la curación, y hé aquí el espanto: *Expectabimus pacem, et non erat bonum; tempus medela, et ecce formido.* (Id. VIII. 15).

Dios, dice S. Jerónimo, da á los amantes de los goces del mundo una agua amarga, el agua de la maldición, y los llena de quebranto, á fin de que sepan por experiencia cuán duro y amargo es haber abandonado á Dios y haber provocado al Señor, que es la misma dulzura. (*Comment.*).

Comprended y ved, dice Jeremías, cuán funesto y amargo es haber abandonado al Señor nuestro Dios: *Scito et vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum.* (II. 19).

Dios embriaga á los mundanos con un vino de dolor, dice el Salmista: *Potasti nos vino compunctionis.* (LIX. 5). Los alimenta con el pan de las lágrimas, y apaga su sed con el cáliz de los llantos: *Cibabis nos pane lacrymarum, et potum dabis nobis in lacrymis in mensura.* (Psal. LXXIX. 6).

La alegría mundana es una gota de miel que se convierta en un mar de hiel.... Ved lo que sucede á cualquiera que se entregue á la embriaguez..., á la intemperancia..., al deleite..., á la vanidad..., á un desmedido deseo de agradar, etc....

Los goces mundanos son peligrosos y culpables.

Los goces mundanos engendran el hastío y el remordimiento.... ¿Por qué? Porque son peligrosos y culpables.

Son peligrosos. ¿A qué no exponen en efecto los placeres de los sentidos, los deleites..., la gula..., los ojos poco circunspectos..., los oídos poco castos..., la lengua mal contenida?... ¿A qué peligros no exponen las vanidades..., el amor del mundo..., los bailes..., las familiaridades..., los espectáculos? etc....

Los goces mundanos son culpables: 1.º por el escándalo recibido y por el escándalo dado...; 2.º por la desobediencia á la ley de Dios...

Los goces mundanos duran poco.

Las alegrías mundanas son raras y de corta duración. Son sombras, fantasmas que se desvanecen en el momento en que creemos alcanzarlas. Sembradas de espinas, nos vemos obligados á abandonarlas, porque nos llenan de sangre.... Si queremos seguir las, nos arrastran al abismo....

La serie de alegrías humanas es una tragedia que acaba así que empieza, y termina siempre con los pesares, las lágrimas y la muerte.

Los alegrías mundanas hacen esclavos y ciegos.

El que vive de los goces del mundo, dice S. Gregorio, encadena sus sentidos interiores, su espíritu..., su alma..., su memoria..., su inteligencia..., su voluntad..., su corazón.... (*Homil. XXXVI. in Evang.*).

No comprende ya los verdaderos goces..., las cosas espirituales...

Habladle, y no os entenderá...; no siente ya nada...: Dios, la religión, la virtud..., la ley..., sus deberes, etc., todo le cansa.... Ya no ve nada..., no sueña más que en frivolidades, en locuras...

El mundo se regocija en la nada, dice el profeta Amos: *Lætamini in nihilo.* (VI. 14).

Las alegrías mundanas están vacías..., no tienen sabor ni duración.... No hay en ellas realidad, ni dicha, ni estabilidad, ni riqueza, etc.

Desgraciados de vosotros que reis, dice Jesucristo: *Vae vobis qui ridetis.* (Luc. VI. 25).

Jesucristo ha llorado muchas veces; pero jamás se le ha visto reír, dicen S. Agustín, S. Basilio, S. Bernardo y otros doctores.

Por esto dice el apóstol Santiago: Sentid vuestra miseria, y gemid, y llorad; porque vuestra risa se convertirá en llanto, y vuestra alegría en tristeza: *Miseri estote, et lugete, et plorate: risus vester in luctum convertatur, et gaudium in mororem.* (IV. 9).

No se puede, dice S. Jerónimo, disfrutar de los goces del mundo y de los goces de Dios, ser dichoso en esta vida y en la otra, vivir según el mundo è ir al cielo. (*Epist. XXXIV. ad Julian.*).

Las alegrías humanas no son más que la nada.

Dios maldice los goces mundanos.

El infierno es el castigo de los goces mundanos y criminales.